

«50 AÑOS Y ALGUNOS DIAS»

Hace ya cincuenta años del viaje a Argentina. También, hace cincuenta años y pocos días más, todavía en septiembre de 1939, la revista *Isla*, de Jerez, publicaba el que parece ser su último artículo con cierto peso: «Notas sobre Ravel», con dedicatoria a Roland Manuel y Maurice De-lage.

Falla conoció a Ravel a los pocos días de su primer viaje a París, en el verano de 1907. Fue Ricardo Viñes quien hizo las presentaciones... «y éste fue el comienzo —escribe Falla— de una amistad que nunca dejó de ser sinceramente cordial. De su música sólo conocía, desde mis tiempos de Madrid, la *Sonatina*». El día de ese primer encuentro, Ravel y Viñes hicieron una lectura de la *Rapsodia española*, que acababa de publicarse en su versión original «a cuatro manos» y que esperaba su estreno inmediato a cargo de ellos mismos en un concierto de la Nationale.

«Con emoción evoco —leemos— estos primeros tiempos de mi estancia en París, adonde fui a la ventura, pero que llegó a ser para mí una prolongación de la patria misma»... Este viaje del verano de 1907 y aquel, el del otoño del 39, marcan casi el punto de partida y, desde luego, el final del catálogo musical de Manuel de Falla: París, luego Madrid, finalmente Granada... y antes y después de esta «treintena», como queriéndola enmarcar por la parte de afuera, sus dos obras de mayores dimensiones.

Muchos detalles y algunas obras parecen encontrar su reflejo o su distorsión al otro lado del espejo, en el polo opuesto de esta burbuja que envuelve lo más notable de su carrera. Pensemos no sólo en *La vida breve* y en la inconclusa *Atlántida*, a las que acabamos de hacer alusión, sino en otras piezas que, si nos dejamos llevar por esta pequeña fantasía, se nos descubren como posibles equivalente —por la parte de dentro de la burbuja— de las dos obras anteriores: las *Tres melodías* sobre textos de Gautier y las *Siete canciones populares españolas*, en relación con *La vida breve*, y el *Soneto a Córdoba* y la *Balada de Mallorca*, con *Atlántida*.

Son también obras vocales y cronológica y estilísticamente muy próximas a sus hermanas mayores, pero con la concisión y el refinamiento propios de este período central... y es que, casi como si de una metáfora se tratara, lo mejor de Falla lo encontramos siempre en el interior de su burbuja y casi siempre con un punto de referencia en alguna otra parte: a veces es tan sólo la revisión de una obra anterior —*El sombrero de tres pi-*

cos y *El corregidor y la molinera*, o las dos versiones de *El amor brujo*—, pero con frecuencia será una glosa —sobre Chopin, en el abandonado *Fuego fatuo* y en la ya citada *Balada de Mallorca*, sobre algunos fragmentos de *La Celestina* de Pedrell, en *Pedrelliana*—, una evocación —Debussy—, un homenaje —Arbós, Dukas— o incluso una utopía... pues ¿qué otra cosa son si no *La Atlántida*, o el concierto cortesano en la Alhambra que inspiró *Psyché* o, yendo aún más allá, ese combate de la imaginación y lo imaginario que es, en definitiva, *El retablo de Maese Pedro*?

Bien mirado, una utopía era en ciertos casos el neoclasicismo de los años veinte, el neoclasicismo radical de algunas obras de Stravinsky, de Ravel, de Falla, ese neoclasicismo que para muchos tiene su mejor ejemplo en el *Concierto para clave*, proclamado por Ravel «obra maestra de la música moderna». ¿Qué llevó entonces a Falla a dar el paso que une la utopía a la nostalgia... el que separa estéticamente *Psyché* del *Soneto a Córdoba* o *El Retablo de Atlántida*?, quizá el desmoronamiento de ese paraíso perdido que evocaba en su último artículo: ese París ahora ya sin Debussy, sin Dukas, casi sin Ricardo Viñes, finalmente sin Ravel.

«Con emoción evoco estos primeros tiempos de mi estancia en París...», recogíamos en los primeros párrafos. La emoción y el recuerdo conducen todo su texto, como si no sólo se estuviera despidiendo del admirado amigo: casi como despidiéndose de su propia biografía.

ALFREDO ARACIL

